

# Una tentativa de organización escolar.

## I.

### LA ESTRUCTURA PEDAGÓGICA Y LA CULTURA ECONÓMICA

Artículos pedagógicos publicados en la "Revista de Educación".

Unas de las notas más saltantes de estos artículos es la marcada tendencia a considerar el pseudo valor económico como ideal de la educación.

En el artículo titulado "La Reforma integral de la Instrucción Pública", se sostiene: "que al sistema verbalista, especulativo y formalista, debe suceder, por el imperativo de la evolución social y de la nueva arquitectura económica, un sistema realista, que transforme los centros de educación en laboratorios, en verdaderos talleres, en donde se construya la personalidad del joven y del niño y se le suministre las experiencias y las fórmulas indispensables para convertirlo en elemento positivo de consorcio social y para proporcionarle la habilidad requerida, que reclama la lucha por la vida. A una escuela intelectualista, debe suceder una escuela positiva, eminentemente moral, que sin perder de vista las facultades intelectivas, dé preferencia a las facultades activas y afectivas del educando. La vida es un proceso de emociones y sentimientos ante los cuales el sujeto reacciona de conformidad con la estructura que haya recibido en el hogar o en la escuela. La vida se siente, tortura del espíritu, obliga al individuo a escoger caminos, lo impulsa a sostener sus acciones, de acuerdo con la mayor o menor dificultad en el proceso de la satisfacción de las necesidades. De allí, el axioma de que la escuela es para la vida, y en este sentido es que se orienta toda las jornadas de la reforma".

El autor de este artículo mantiene este criterio pragmatista y utilitario en todo el desarrollo de sus ideas, no salvando el carácter de *eminente moral* que atribuye a la escuela modelo y que no puede deducirse del simple y neto valor económico, que, en su concepto, ha de regenerar la mala educación racionalista, que imputa a la escuela existente, en sus dos primeras etapas. La cultura debe circunscribirse al desarrollo de las aptitudes económicas que aseguran el triunfo de la lucha por la vida.

La misma orientación se encuentra favorecida en el artículo "Proyectos de Reforma Educacional", en el que se acoge y aplaude los proyectos dirigidos en ese sentido en la práctica pedagógica de las repúblicas de la Argentina y Chile, si bien se pronuncia contra la formación de hombre *prácticos*.

En el artículo sobre "La orientación de la Escuela Peruana", el autor se inclina en el mismo sentido haciendo consistir en la riqueza la fuente de la felicidad individual y social. "Si esa conclusión, a que se ha llegado ahora, en que se desea de verdad la reforma de la enseñanza pública, se hubiera alcanzado muchos años atrás, concluye el autor, es de seguro que nuestro remozamiento nacional se hubiera dejado sentir y que el país se encontraría con poblaciones florecientes, con industrias productivas, con más independencia de acción y con más conciencia del propio valer. Hoy le es necesario al Estado, no solo impulsar, sino también hacer y crear. No puede contar con la cooperación de los individuos y de los pueblos porque eso se encuentra desguarnecidos, pobres y sin articulación suficiente para seguir el desarrollo natural de la civilización".

Estudiando los "Fines fundamentales de la Educación", el autor dá al valor moral la importancia que se olvida en los anteriores artículos, disertando con acierto respecto a la educación del niño, fijándole, como fines fundamentales estos principios: la salud del niño, convertirlo en miembro digno del hogar, proporcionarle adecuada orientación vocacional, habilitarlo para el empleo provechoso de las horas libres. sólida y eficaz educación cívica y preparación del carácter ético.

Después de estas referencias surge el problema pedagógico el más importante de todos; conocer la verdadera finalidad de la *educación*. ¿Consiste este fin en el mayor enriquecimiento del individuo y la sociedad intensificando el esfuerzo movido por el egoísmo del individuo o del grupo nacional? Una corriente positivista y materialista sostiene la superioridad de este valor medio, sobre los valores fines que la civilización ha hecho imperar con los nombres verdad, bondad y belleza. Es preciso reconocer, que en los tiempos actuales en que las doctrinas de idealismo y solaridad han perdido su vigorosa influencia, como efecto de su impotencia para detener las am-

biciones exorbitantes de placer libre, conquistado por la riqueza, la propiedad, como dice Bergson ha hecho inevitable la guerra. El egoísmo ha vencido la fuerza de la solidaridad humana, y la aspiración común de las sociedades es eliminar al hombre bueno, para conservar y engrandecer al hombre fuerte, capaz de vencer en la lucha por el acaparamiento de las riquezas.

Pero, ¿puede sostenerse que este predominio del pseudo valor económico regenera al hombre preparándole un porvenir de verdadera felicidad?

La riqueza no es un valor en sí; lo es solamente para el avaro, pero no para el hombre que se vale de los bienes materiales para conquistar un valor superior, un valor fin, de aquellos en los que la libertad triunfa, manteniendo la solidaridad engendrada por el amor. Una sociedad, convertida en una manada, que persigue el placer, solamente, sin vínculo estrecho entre sus miembros, no puede considerarse como tipo superior de vida social, en la que el sentimiento de adhesión entre hombre y hombre, es la más poderosa defensa de la felicidad individual y social. ¿Cómo se puede sostener que una dirección predominantemente económica, puede mantener el vínculo social, desdeñando los valores lógico, moral y religioso que hacen de la humanidad un supreestructura real y necesaria?

Por otra parte, ¿puede creerse que el valor pseudo económico llegue adquirirse, si la moralidad de los pactos individuales y sociales desaparecen, creando, para el cumplimiento de cada uno, la desconfianza, el temor y la inseguridad, enemigas de toda cultura? La historia política de las sociedades demuestra que las que han desendido en el camino de su vida, no han sufrido esa suerte, porque los individuos no han sabido enriquecerse, sino porque han carecido de moralidad sus dirigentes corrompiendo a los ciudadanos o haciéndoles sufrir el yugo de la esclavitud en la forma de una amenaza perpetua.

Es pues, un error atribuir a una educación intelectualista el único y más eficaz motivo de la decadencia del hombre; la causa principal ha permanecido siempre en la inmoralidad de los fuertes, que han conquistado el poder y acaparado todas las fuentes de riqueza. Bertrand Russell en "Libertad y Organización", así lo demuestra. Pensar que orientando la escuela en el sentido de la riqueza material, se conquista la felicidad del individuo y del estado, es pensar sin acierto respecto a la finalidad de la cultura humana y con olvido de las enseñanzas de la historia no muy lejanas.

Otro error fundamental está en los conceptos de cultura y educación que adoptan los pedagogistas inspirados en el pragmatismo que hacen del *homo faber* el tipo del hombre civilizado; está en creer que la educación y la cultura consisten en el *adiestramiento* o disciplina



de la actividad teórica y práctica, mediante la formación de hábitos que eliminan los obstáculos que la experiencia ofrece en sus primeras tentativas. Para estos pedagogistas el ideal de la educación está en la sumisión de la actividad fisiológica y psicológica a un mecanismo inconciente, que asegure la perfección de la obra humana sin gran esfuerzo.

A este ideal se opone el que fija como objetivo de la educación y la cultura el mantenimiento y progreso de la libertad individual, favorecida por una disciplina que mantenga la elasticidad de la acción, permitiendo nuevos esfuerzos y, como producto de ellos, un constante progreso con la introducción en el orden establecido, de nuevos factores creados por el desenvolvimiento de la actividad humana.

En este concepto, el hábito humano se diferencia radicalmente del simple hábito animal, que esclaviza al espíritu. El hábito no es el fin de la educación como en la vida animal, sino, simplemente, un medio de eliminar el esfuerzo psíquico, para dejar un vacío destinado a recibir las nuevas conquistas de la libertad en acción. Desempeña un papel análogo al olvido, que hace posible una nueva actividad libre, destinada a enriquecer el espíritu, como el esfuerzo físico.

Esta concepción de la disciplina psíquica hace posible el valor moral; porque la educación no es simplemente instrucción, como sostiene el Rector del Colegio de Arequipa, reproduciendo la opinión de un profesor argentino, para quien "penetrar profundamente en el sentido de una ley natural o en las ideas que engendraron, y acompañaron a un hecho histórico es instruirse, porque la instrucción así lo logra, lleva aparejado, real y positivamente, un extraordinario proceso educativo, no sólo por el despliegue de ejercicios de las actitudes elementales, sino por un hecho profundamente moral: el del esfuerzo y de la reflexión sostenida hasta lograr la certidumbre interior de la clara comprensión; porque este hecho entraña un acto de buena fe para consigo mismo. La instrucción, tal como estrictamente debe entenderse, lleva dentro de sí un proceso educativo. El conocimiento bien maduro es el testimonio irrecusable de la actitud bien ejercitada y lleva dentro de sí la satisfacción moral del esfuerzo cumplido.

Esta opinión tiende a confundir la ciencia con la moral y a tomar como educación algunos de los efectos educativos de la disciplina intelectual, que no se limita a simples satisfacciones del espíritu, sino que se extiende y abarca deberes morales, mucho más amplios y profundos, los que no constituyen, sin embargo, toda la educación moral, cuyo objetivo no es la verdad, sino el bien, el que se realiza mediante estos dos factores: la libertad, como fundamental, y la solidaridad como sentimiento de amor destinada a favorecer el progreso de la libertad.

La pedagogía pragmatista y utilitarista que descansa en el predominio del pseudo valor económico, desconoce ambos factores, aún cuando, en apariencia parece dar importancia a la libertad, que sucumbe, dentro de los rígidos anillos de la disciplina económica. Sólo así se explica el pensamiento de considerar, como moral, todo esfuerzo, confundiendo, en esa generalidad, lo moral con lo inmoral que importa también un esfuerzo.

## II.

### EL CONCEPTO DE LA EDUCACION

Es un grave error determinar la naturaleza de la educación, imponiéndole como fin un sólo valor, para conseguir de este modo, un orden estrecho, dentro del cual el pensamiento influya solamente lo que conduce o se deriva de ese fin. De allí resulta el vitalismo, el economismo o utilitarismo, el panlogismo, el misticismo y estetismo en la estructura pedagógica, que, aplicadas, estrecha y exclusivamente a la actividad humana, produce desequilibrios, luchas, trastornos y fracasos muy lamentables, que, por inevitable reacción, incurren en el mismo error, manteniendo una situación angustiosa, aún que aparentemente prometa tranquilo e inacabables progresos.

Esta tendencia hacia la unidad, sin la que el espíritu humano no habría superado la fuerza instintiva, ni dominado su aptitud para almacenar en la memoria la inmensa variedad de sus percepciones, engendra ese deseo vehemente de crear sistemas, en los que la variedad de la vida se someta a leyes, a principios cada vez menos numerosos y más próximos a la unidad absoluta. La inducción científica aspira a esa progresiva unificación, transmitiendo a las disciplinas filosóficas y artísticas ese afán unitario, que disloca la variedad constitutiva de la naturaleza humana y, olvidando elementos esenciales, crean estructuras aparatosas, que concluyen por sucumbir en su ineficacia inevitable, después de ocasionar los daños derivados de la aplicación de criterios exclusivistas.

Eso pasa con los sistemas de educación y cultura, que ora se apoyan solamente en la actividad intelectual apartándose de la función del sentimiento o de la voluntad libre, ora hace de uno de esos dos factores el punto de partida exclusivo de sus investigaciones sistemáticas.

En todos estos casos, se simplifica la cultura y la educación que conduce a ella, desconociendo este hecho esencial: que la actividad humana completa, es el producto simultáneo de esos tres factores, que no sólo actúan distinguiéndose entre sí, sino que se desarrollan en combinación perpetua afectando formas distintas por un esfuerzo del espíritu para prescindir de esa combinación. Por eso se

considera como verdadera cultura humana la cultura general y como verdadera educación la que hace intervenir en el sistema pedagógico que la preside, la disciplina de los tres factores, en cuya base se coloca la vida como valor fundamental.

D. Parodi, Inspector General de Instrucción Pública en Francia, ocupándose de Moralidad y Educación, condena, como ineficaz para la educación moral, tanto el adiestramiento obtenido por la coacción de una disciplina rígida, como la forma opuesta de la libertad sin coacción alguna. La vida moral verdadera debe conservar por el hábito, el tesoro humano, pero, por otra parte también, debe ser una aptitud para aumentarlo aún, y asociarse a la obra común por un esfuerzo personal; debe ser un hábito, pero un hábito de iniciativa y acción, que no destruya la libertad y que aproveche de la influencia del medio social, sin esclavizarse a él. Entre la coacción propiamente dicha y la determinación moral, agrega Parodi, aparece muy amplio el papel de los sentimientos, sociales de origen, pero más o menos egoístas de dirección, por los cuales estamos impulsados a conformarnos al tipo de vida que practican o que estiman los grupos a los cuales pertenecemos. La educación de la voluntad es así la llave de toda moralidad. Esa educación se obtiene evitando, lo más posible, proponer al niño y después al hombre, el placer como fin, sino haciéndole encontrar placeres en las actividades naturales y sanas; dándole ocasión de ensayar y experimentar, por sí mismo, y de vencerse si es necesario, pero evitándole los muy frecuentes o muy graves fracasos en los que la confianza en su energía se perdiese. Así el espíritu conservaría celosamente toda su libertad. Como si esta libertad pudiese ser otra cosa que la de impulsar siempre más lejos su obra única, que es la de explicar, de comprender y unificar su propio universo inteligible. Como si el espíritu se sintiese más libre que cuando concibe la verdad necesaria, cuando llega a hacer más capaz de convertir la realidad en un sistema inteligible del pensamiento.

La educación y la cultura resulta ser así, en el concepto de este filósofo el producto de la actividad humana, totalmente disciplinada, en servicio de la libertad. La verdadera cultura es pues la cultura general; la verdadera y eficaz educación consisten en el desarrollo armónico de todas las actividades esenciales del hombre en servicio de la libertad.

Otro filósofo francés, M. Blondel, en su notable obra "La Pensée", reconoce aún, en la actividad intelectual, deberes morales, que cumplir. Ocupándose de la educación del pensamiento cree ese filósofo, que si el conflicto espontáneo de nuestras tendencias intelectuales implica y suscita una libertad de orientación entre direcciones discordantes llega a ser legítimo afirmar la existencia de obligaciones y responsabilidades en la vida de la inteligencia y en



los empleos de nuestra razón. Blondel, preconiza la alianza de la inteligencia y la sensibilidad y la cultura integral de la vida afectiva y prospectiva. “No es solamente en lo que concierne a las impresiones de los sentidos, sino que es también, en lo que concierne a nuestros afectos, ya más elevados, de nuestras emociones más humanizadas de nuestros sentimientos mezclados de inteligencia y voluntad, que el pensamiento debe reglar sus pasos”. “Para que el espíritu esté verdaderamente en el sentido de la verdad y se oriente hacia sus fines legítimos y buenos, es pues necesario reglar el uso de nuestra sensibilidad en lo que tiene de propiamente humana.” “No es solamente bajo el aspecto de impresiones inmediatas o adquiridas, que tenemos que gobernar la cultura intelectual de la sensibilidad. Tenemos aún en el dominio del pensamiento analítico, que supervigilar, extender, criticar el desarrollo y la importancia de los datos afectivos y perceptivos con que nuestra civilización ha engrandecido prodigiosamente su número, sus empleos y riesgos”. De allí “la necesidad de asociar, en su desarrollo sin límite asignable, nuestros poderes sensibles e intelectuales”. Blondel, hace anotar “lo esencial y urgente hoy más que nunca, de la educación de la sensibilidad superior, que se puede llamar idealmente real, cuando las rápidas novedades de goces ofrecidos a la avidez, mezclados siempre como están al torbellino de los sufrimientos o de las amenazas mortales, dejan creer, a tantos hombres, que, en efecto, el porvenir es procurar lo que el presente le rehusa todavía y que una organización mejor de ese mundo obtendrá para la humanidad los bienes que bastan para su paz y felicidad”. “Esta cultura de una sensibilidad, más y más penetrada de razón y de virtud, supone una pedagogía, que comprenda todas las formas de la actividad pensante”, “que tienda a penetrar de rectitud, de luz y generosidad a ciertas inclinaciones de la vida afectiva, a fin de introducir como una segunda naturaleza viril y tierna, al mismo tiempo Blondel hace notar, a este propósito, el doble peligro de esa esclerosis de las funciones perceptivas y asimiladoras, que endurecen el pensamiento en fórmulas estabilizantes y provocan, por reacción, una necesidad de evasión en el desborde de los sentidos o en audacias revolucionarias.

Esta necesidad de mantener siempre asociadas las direcciones, que imponen la complejidad de la naturaleza humana, condena todo sistema pedagógico, que sacrifique esa complejidad a la dirección única, mantenida en la educación como necesaria para una disciplina que asegure en la vida individual y social el triunfo de un ideal simple, ya sea este el progreso de las conquistas científicas del pensamiento, la mayor fuerza de la voluntad impulsiva y destructora o la mayor intensidad del amor, que crea la solidaridad social. Libertad y orden son, en cada caso, la tesis que desarrolla el simplismo en los sistemas, que olvidan y aún desdeñan la complejidad

creyendo, a veces, que el sentimiento es un residuo de la animalidad que debe desaparecer en beneficio de los otros dos factores, pensamiento y voluntad.

La cultura y la educación, que conduce a ella, debe fundarse, por consiguiente, en el desarrollo y perfeccionamiento armónico de los elementos que constituyen la personalidad humana, no sacrificando un valor en servicio de los demás, sino empleando los medios necesarios para la realización de cada uno, en la medida que las necesidades humanas imponen en cada momento de la vida individual y social. Determinar esa proporción, de una manera estable y definitiva es una ambición irrealizable en principio y funesta en la práctica; porque las vicisitudes humanas escapan a la fuerza intuitiva del pensamiento, por mucho que se le atribuya un valor profético.

Se comete, por consiguiente, un doble error al fijar como fin invariable un valor, abandonando el imperio de los demás y trazar, sobre este plano las líneas definitivas de una estructura permanente. Y mucho más todavía, si, en vez de considerar valores finales, se preconiza el pseudo valor económico como aspiración primordial del espíritu, haciendo del egoísmo humano origen y fuente de la inmoralidad, el factor de la verdadera felicidad.

Jorge Simmel se pronuncia energicamente contra esta pseudo cultura simplista, estableciendo que no somos cultos por el mero hecho de haber cultivado ese saber o aquella capacidad particular, sino cuando todas estas conquistas particulares sirven para el desenvolvimiento del alma misma, desenvolvimiento que va comprometido en esas conquistas, pero que no se identifica con ellas. Nuestros empeños conscientes, los dedicamos a intereses y propósitos particulares, y, por esta razón, el desarrollo de cada hombre se presenta como un haz de líneas de crecimiento que se extiende en direcciones y longitudes diversas. Pero el hombre no resulta culto por ninguna de estas singulares trayectorias aisladas, sino sólo cuando implique, a la vez, el desarrollo de la indefinible unidad personal. Con otras palabras, la cultura es el camino que recorre la *cerrada* unidad de la *persona*, al través de una desplegada diversidad, para llegar a una *deseñuelta* unidad. Pero siempre el desarrollo hacia algo que existe en las fuerzas germinativas de la persona, se esboza como su plan ideal”.

“El sentido específico de la cultura, agrega Simmel, se alcanza cuando el hombre incorpora en el transcurso de su desarrollo, algo extrínseco exterior a él, cuando el camino recorrido por el alma atraviesa valores y series que no son subjetivamente psíquicas. Las formas objetivas, arte, moral, ciencia, religión, derecho, técnica, normas sociales, significan otras tantas estaciones que tiene que atravesar el sujeto para alcanzar ese valor suyo peculiar que es su cultura. Tie-



ne que incorporar estas formas, pero tiene también que incorporarlas y no dejarlas subsistir como meros valores objetivos. La cultura nace en la concurrencia de dos elementos, que, aisladamente, no la contienen; el alma subjetiva y el producto espiritual objetivo”.

Se conspira, por consiguiente, contra la verdadera cultura, separando estos dos valores esenciales, el sujeto y el objeto, oponiendo el idealismo al realismo, para hacer de uno de ellos el fin exclusivo y absoluto de la educación. Esta oposición destruye la unidad de la persona humana, y conduce a los más desastrosos resultados en la vida social.

Es en política, especialmente, en donde esta educación simplista crea partidos extremistas, que consideran en sus programas la destrucción de su adversario como medio, más eficaz, de realizar sus programas de gobierno. El olvido de los deberes morales en la educación del pensamiento produce esa anormalidad humana de la que es víctima la sociedad contemporánea. Keyserling, refiere en su obra “Norteamérica Libertada”, que en una de sus conferencias en ese país sobre un tema de esta índole, el público protestaba con las palabras, “pamplinas, pamplinas” de que se tratara de apartarlo de sus enseñanzas pragmatistas, orientadas hacia el único fin de conquistar las riquezas materiales. Una protesta semejante se levanta por todas partes, en defensa de lo que se llama “Escuela Activa”, que es el disfraz con que se oculta la estructura exclusivamente económica, que se defiende como la solución única y más acertada del problema pedagógico. El estado actual del mundo es una respuesta terrible a esa enseñanza. Bertrand Russell en su libro “Conquista de la felicidad”, revela la infelicidad del pueblo norteamericano, impulsado por su desmedida ambición de riqueza, que ha penetrado en el espíritu de los mismos educadores. “Si el hombre de negocios americano, dice, ha de ser más feliz debe comenzar por cambiar de religión. Mientras no sólo desee el éxito, sino que esté persuadido de todo corazón, de que el deber del hombre es la persecución del éxito y de que quien no lo consiga es un infeliz, su vida será demasiado ansiosa y concentrada para ser dichoso”. “Lo que el hombre psíquicamente moderno desea es ganar más dinero, con vistas a la ostentación, al esplendor, al deslumbramiento de los que han sido sus iguales”. “El dinero que se gana es la medida acertada del talento”. “La raíz del mal está en la importancia que se concede al éxito como la mayor fuente de felicidad”. “Los niños americanos comprenden muy pronto que el dinero es lo único que cuenta y no se preocupan de la educación que no tenga posibilidades pecuniarias”.

E. Durkheim, al dictar su curso universitario sobre “Moral Profesional”, refiriéndose a la actividad económica dice: “hay hoy toda una esfera de la actividad colectiva que está fuera de la moral, que está casi toda entera, sustraída a la acción modeladora del

deber”. “¿Este estado de cosa es moral, se pregunta. Grandes doctrinas lo han sostenido. Es, desde luego, el economismo, según el cual el juego de los convenios económicos se reglaría por sí mismo y alcanzaría, automáticamente el equilibrio, sin que sea necesario, ni aún posible, someterlo a ningún poder moderador. Es también en ese sentido, lo que existe en el fondo de la mayor parte de las doctrinas socialistas. El Socialismo, en efecto admite, como el economismo, que la vida económica es apta para reorganizarse por sí misma, para funcionar regular y armónicamente, sin que ninguna autoridad moral le sea impuesta, a condición, sin embargo, que el derecho de propiedad sea transformado, que las cosas de ser monopolizadas por los individuos y la familia para ser sometidas a las mañas de la sociedad.

Hecho esto, el Estado no tendría ya sino que poseer una estadística exacta de las riquezas, periódicamente producidas, y repartirlas entre sus asociados, según una fórmula, una vez fijada. Ahora bien, una y otra teoría no hacen sino elegir, el estado de derecho un estado de hecho mórbido. Es muy verdadero, que, actualmente, la vida económica tiene ese carácter; pero es imposible que lo conserve, aún a precio de una transformación profunda de la organización de la propiedad. No es posible que una función social exista sin disciplina moral; porque, de otro modo no se está ya en presencia sino de apetitos individuales, y como éstos son naturalmente infinitos, insaciables, si nada los regla, no podrán reglarse por sí mismo.

“Y es de allí precisamente, agrega Durkheim, de donde proviene la crisis de que sufren las sociedades europeas. La vida económica ha tomado, desde hace dos siglos, un desarrollo que no había tenido jamás. De función secundaria, que era, despreciada, abandonada a las clases inferiores, ha pasado al primer rango. Ante ella se ve, más y más, retroceder las funciones militares, administrativas y religiosas. Sólo las funciones científicas se encuentran en estado de disputarle el lugar, y aún la ciencia no tiene casi prestigios a los ojos de las sociedades actuales, sino en la medida que puede servir a la práctica; es decir, en gran parte a las profesiones económicas. Se ha podido hablar no sin alguna razón, de sociedades que serían esencialmente industriales. Una forma de actividad, que tiende a ocupar este lugar en el conjunto de la sociedad no puede ser librada de toda reglamentación moral especial sin que resulte una verdadera anarquía. Las fuerzas que han sido así desprendidas, no saben ya cual es su desarrollo normal, puesto que nada les prescribe en donde deben detenerse”.

“Este carácter amoral de la vida económica constituye un peligro público, concluye Durkheim. Mientras que el industrial, el comerciante, el obrero, el empleado, se atenga a su profesión no hay

nada sobre él, que contenga su egoísmo, no está sometido a ninguna disciplina moral y, por consiguiente, se dispensa de toda disciplina de este género”

Esto mismo lo reconoce el doctor Nemesio Rodríguez, cuando en su “Informe de la labor realizada en el Colegio Nacional de Ica, en 1935 dice “La misión de la escuela es mucho más grande que suministrar meros conocimientos y desarrollar el intelecto; es más que todo desarrollar los sentimientos éticos, ennoblecer el alma, refinar la conciencia y templar el carácter del niño. Peligrosa la escuela que no se eleve sobre todas las necesidades materiales y de naturaleza externa, y que no mantenga otro ideal que el proporcionar meros conocimientos. Peligroso el hombre de ciencia que estudia los secretos de la naturaleza y que no sepa emplear los conocimientos técnicos para el bien de la humanidad. Hombre educado no es precisamente el que almacena su cerebro con conocimientos extraordinarios, sino el que es capaz de ofrecer dominio sobre si mismo, el que siente en su corazón el anhelo de hacer el bien y en su voluntad el deseo de ejecutarlo”.

En su artículo titulado “Hacia el Nacionalismo de la Enseñanza” insiste en la necesidad de dar predominio al factor moral, explicando el origen del predominio moderno del factor económico y condenado su supremacía con frases enérgicas. “Como efecto de esa sustitución de valores, la fuerza del ambiente obligó a dirigentes y dirigidos a tratar los problemas generales y trascendentales a través del prisma del egoísmo de las personas o de los partidos. La paz y la tranquilidad fueron una realidad de leyenda afirma el doctor Rodríguez. Si las hubo fué como consecuencia del instinto de conservación, que parlamentaba para no correr el riesgo de sufrir una derrota definitiva. Pero la beligerancia estuvo latente, dispuesta a actualizarse en la primera ocasión propicia. La ley fué un instrumento deleznable, ya que su imperativo no llegó jamás a la conciencia de los individuos, ni de las agrupaciones; lo más que pudo hacer fué una figura externa con todas las agravantes de un mandato que gravita, que limita y cercena facultades y que, por ello mismo, se puede alterar, burlar o anular. La vida social se desarrolló dentro de un clima de fuerza antes que en un ambiente de convivencia”.



III.

**EL VERBALISMO EN LA ENSEÑANZA**

Lo que debe condenarse y extirparse es el verbalismo en la enseñanza, que se reduce a la conservación en la memoria de las ideas consignadas en los libros, las que desaparecen y se olvidan luego que desaparece el interés transitorio que ha servido de eje, alrededor del cual se han acumulado y ordenado las ideas aprendidas. Esa simple comunicación de ideas no ha tenido jamás por objeto formar el criterio del estudiante, como instrumento destinado a juzgar la experiencia futura y dirigir la voluntad; sino que ha dejado al espíritu huérfano de toda guía práctica, obligándolo a crear, por esfuerzo futuro personal, ese instrumento con el que se emancipa del puro hábito y conquista y ordena su libertad de pensar y de hacer.

Desde la enseñanza del catecismo religioso, hasta la comunicación de las más elevadas ideas, el sistema memorista ha prevalecido el mismo fruto de ineptitud para la vida activa personal e independiente. Ha producido otro mal: la verbocidad insubstancial de los que giran alrededor de un problema, sin acierto para fijar una solución al conflicto actual. Careciendo de la actitud de apreciar lo real, en su manifestación presente, el espíritu, extraño a los ejercicios que la crítica y la experiencia personal ofrecen exclusivamente, se sumerge en las divagaciones lógicas, que no ofrecen sino soluciones ideales, inaplicables a la vida práctica.

Por esta razón, Bergson, pronuncia su antipatía contra el hombre locuaz que goza de tanto prestigio entre nosotros.

Es este un defecto, que es fácil observar en todos los que se exhiben con formaciones completas de nuestro régimen pedagógico. Contra este verbalismo infecundo se trata de imponer una educación práctica, con tendencias al imperio del egoísmo, dentro el cual sólo cabe el triunfo de la riqueza material. Esta es una reacción más funesta que el verbalismo viviente, que se convierte en juego literario, dejando inerte a la voluntad en sus esfuerzos por conquistar una suma mayor de libertad.

“Lo mejor que aprendemos en la escuela no es la suma de saber positivo, sino que aprendemos “a pensar”, llegamos a tomar posición independiente, completamos la situación existente mediante miembros intermedios acertados”. Esto dice K. Koffka en su libro “Bases de la evolución psíquica”. Pero ¿se aprende a pensar en nuestras escuelas? ¿Se educa el pensamiento, de modo que esté en aptitud de adquirir una posición independiente? Creemos que nó. Lo que se

aprende es a conservar, por un tiempo más o menos breve, las palabras contenidas en la cartilla o texto para repetir las cuando es necesario para demostrar que se las conserva en el orden adquirido. La repetición *sin*, operaciones estructurales, agrega Koffka, resultan ineficaces cuando no dañosas. Ejercicios significa desarrollo, en el sentido más amplio, de una estructura, no consolidación de un enlace.

Al hacer esta apreciación, nos referimos a una época no muy lejana, en la cual pudimos juzgar de ese vacío profundo en la enseñanza elemental y superior. No creemos que se haya hecho ninguna esfuerzo efectivo para eliminar ese verbalismo en la enseñanza; mucho menos para educar el pensamiento en armonía con el desarrollo de la vida afectiva y moral. El adiestramiento en la preparación industrial, mantiene todavía profundos vacíos a juzgar por los clamores de algunos profesionales eminentes, que se quejan del teorismo de cuantos abandonan los claustros para ingresar, desnudos de experiencia eficaz, al campo de la lucha con los imperativos de la vida actual, que demandan una grande y profunda experiencia de la vida.

Esta experiencia requiere un campo mucho más vasto que el de nuestra actividad social, tan rudimentaria todavía y tan lejana de las conquistas que la ciencia ha adquirido en otros países, destinados a servir de modelos a la cultura de los rezagados. Es una fantasía peligrosa de nuestro criollismo creer que aquí, con sólo el empleo de nuestros escasos elementos de cultura, podemos conquistar un porvenir, en el cual todos los valores humanos puedan realizarse progresivamente. Sólo una caprichosa apreciación de nuestros recursos y la ignorancia de los que poseen otras sociedades mucho más adelantada que la nuestra, pueden halagar nuestra vanidad, inspirándonos la confianza en un porvenir mucho mejor, con el solo auxilio de nuestros recursos. Verdad es que toda sociedad organizada como nación, tiene una fisonomía particular, que no puede borrarse substituyéndola con otra, que presenta un conjunto diverso de actividades individuales y sociales. Pero esa diversidad no es tan grande que no ofrezca experiencias comunes, tratándose de las conquistas de la ciencia y de sus aplicaciones a la vida práctica. Sobre todo, hay un fondo común de moralidad, que ofrece ejemplos y enseñanzas de una cultura superior y que invitan a la imitación con sus claras conquistas en el desarrollo de las instituciones humanas.

No habemos que se haya hecho nada importante entre nosotros, en esta labor directa de penetrar y asumir los adelantos de otros países, mediante la comunidad de vida y de experiencia, cuyos resultados muy provechosos no se adquieren con la simple lectura de libros, en los que se relata con más o menos viveza de imaginación las conquistas de la cultura en esos países.

Deficiencias del Tesoro Nacional, que, en parte, provienen del mal uso y de la distribución muy imperfecta de los recursos fiscales en el servicio pedagógico, han contribuído a que no se haya pensado intensamente en los provechos de esta enseñanza eficaz por la participación en la experiencia de culturas superiores, sin la cual es casi imposible obtener personas suficientemente capaces de dirigir la vida pedagógica, llevando a su seno, junto con el prestigio de su saber amplio, la confianza en el acierto de sus reformas.

Estamos seguros, de que, mediante estos ejemplos de verdadera y sólida cultura, el verbalismo, en el que se debate la inteligencia puramente teórica de nuestros hombres selectos, perderá mucho de su prestigio y hará posible una reforma fundamental, en cuanto aprecien así, por ejemplos vivientes, lo que vale la inteligencia penetrada de los deberes morales que le asigna Blondel. El pensamiento no se perderá en la fabricación de símbolos verbales, agotándose en ese esfuerzo sin crear nuevas y más perfectas formas de vida, sino que influirá poderosamente sobre la voluntad y sentimiento, determinando una conducta en la cual la virtud moral triunfe sobre el apetito insaciable del egoísmo humano.

A. O. DÉUSTUA.

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»

